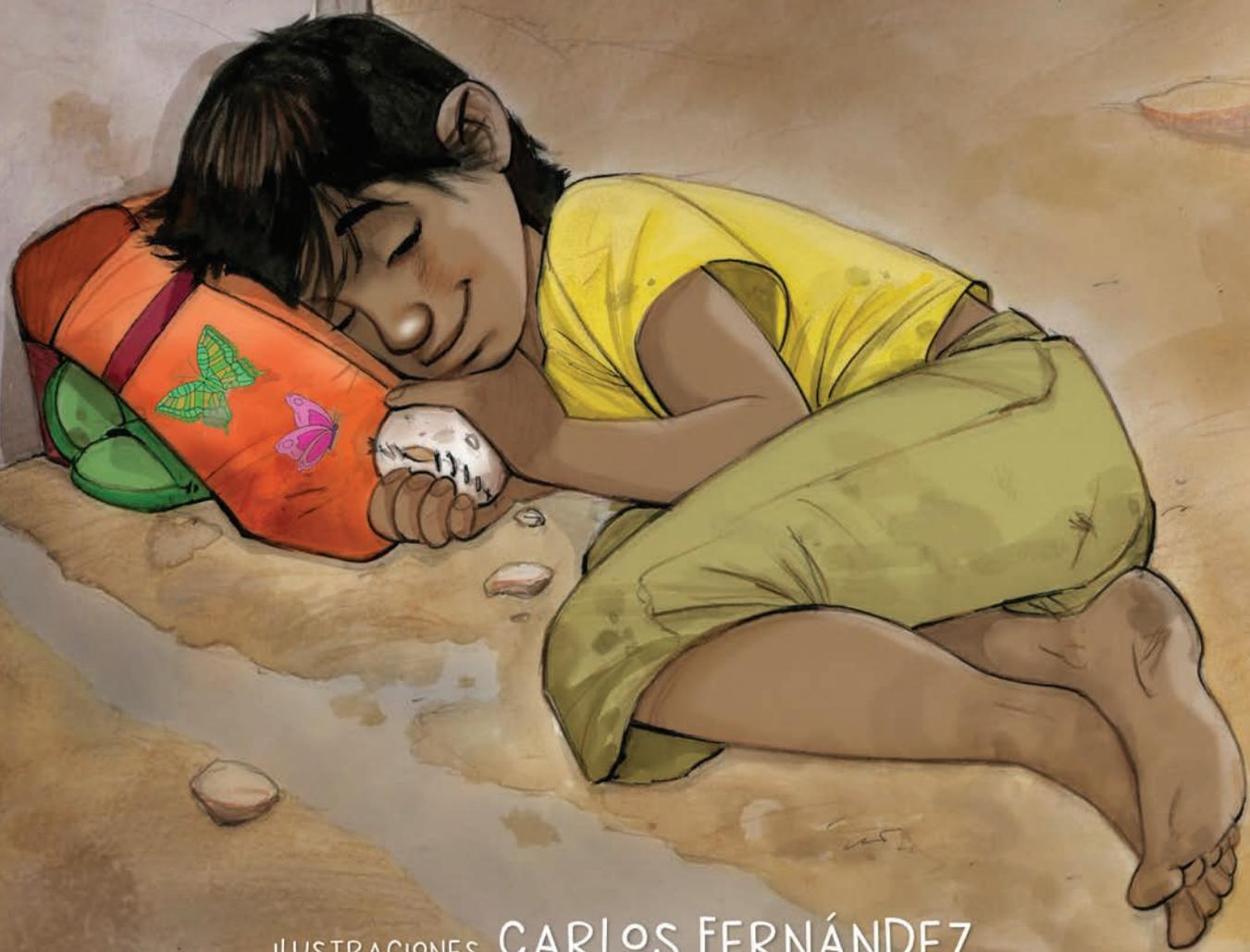


BEGOÑA IBARROLA



ILUSTRACIONES CARLOS FERNÁNDEZ

LOS TESOROS DE OMAR

DESCLÉE DE BROUWER

Para Omar casi todos los días eran iguales: se levantaba al amanecer, corría hacia el basurero lo más rápido posible para llegar el primero, y durante todo el día trataba de encontrar algo que pudiera vender en la ciudad.

Si había suerte conseguía el dinero suficiente como para una comida, y a veces incluso podía ahorrar unas monedas que le permitían comer si algún día no encontraba nada valioso.

Cuando llegaban los camiones de la basura, una riada de niños se acercaba corriendo y gritando, como si celebraran una fiesta.

Y cuando uno de ellos encontraba algo interesante, sus gritos de alegría se mezclaban con los chillidos de las gaviotas y el ruido de los camiones al entrar y salir.







Aquellos niños no tenían la mirada triste, aunque alguien lo pudiera suponer. Siempre celebraban con los demás el hallazgo de algo importante como si fueran una tribu, conscientes de que su supervivencia dependía de la colaboración entre todos.

Un día Omar estaba muy silencioso pensando en algo más allá de su trabajo. Se le veía buscar entre los escombros pero sin la ilusión de otros días. Nunca hasta ese momento se le había ocurrido pensar en la posibilidad de salir de allí a buscar otro tipo de trabajo, conocer otro mundo, otras personas que, a lo mejor, le podían enseñar cosas interesantes. Ya tenía nueve años y no sabía leer ni escribir, y nunca había salido del poblado de chabolas que se extendía a los pies de los rascacielos de Bombay.



—¡Un tesoro! ¡He encontrado un tesoro! –gritó Omar lleno de alegría.

—¡A ver! ¡A ver! ¡Enséñalo! –le dijeron sus compañeros mientras se acercaban.

Omar levantó el objeto que había encontrado: era un pisapapeles de cristal con una grieta y, en su interior, la figura estática de un hada se cubría de nieve cuando lo agitaba.

Los niños se quedaron con la boca abierta mientras uno de ellos le decía:

—Eso tiene que valer mucho, por lo menos hoy te irás a dormir con el estómago lleno.

—Pues no pienso venderlo –contestó Omar muy serio–, es un tesoro y me lo voy a quedar, seguiré buscando a ver si encuentro otra cosa que pueda vender.







Sus compañeros se marcharon comentando que Omar se había vuelto loco de remate. En vez de preocuparse por la comida, coleccionaba tesoros. Les parecía un disparate, pero todos le respetaban porque solía compartir con ellos su comida y a veces les daba algo para vender aunque lo hubiera encontrado él.

Omar guardó el pisapapeles en su vieja mochila y siguió buscando. Ella había sido su primer tesoro; la encontró muy sucia y rota pero consiguió arreglarla y guardaba allí sus tesoros y algo de ropa. Imaginó que había pertenecido a una niña rica, porque era de buena calidad y tenía dibujadas un montón de mariposas. Seguramente en su último cumpleaños le habrían regalado otra mejor y esta la tiró a la basura, pensó.